

UN DENTISTA VALENCIANO DEL SIGLO XIX

Vicente Andrés y Tarín

por el

DR. MIGUEL SÁENZ DE PIPAÓN Y TEJADA

616.31 (092)

El 7 de febrero de 1841 nació Vicente Andrés y Tarín en la ciudad de Valencia, que era bautizado en la parroquia de San Nicolás.

Vicente procedía de una modesta familia de labriegos oriundos de Cheste, y siendo todavía un niño hubo de colocarse como dependiente de una ferretería.

Trece años tenía Vicente Andrés cuando un famoso dentista americano se fijó en aquel muchachito, despabilado, vivo y trabajador, y pretendió llevárselo consigo. Mas sus inocentes padres, asustados ante la perspectiva de sospechar a su hijo solo por esos mundos de Dios, se resistieron a concederle el necesario permiso.

Pero el doctor Koth—el que había de ser su benefactor—estaba casado con una valenciana, y a esta contingencia debió Vicente que el dentista americano volviera a Valencia tres años después. Vicente Andrés seguía entonces en su puesto con igual laboriosidad. Koth hizo nuevamente su solicitud a los padres de Andrés, y con el entusiasmo de Vicente por ver mundo y mejorar su porvenir, convencieron entre ambos a los ingenuos labriegos, que concedieron esta vez la precisa autorización.

En seguida se llevó a París el doctor Koth a nuestro Vicente, y allí se inició en el arte dental, en el gabinete que el dentista americano tenía instalado en la rue Delagrang-Batalière, y que con el doctor Evans—dentista de Napoleón III—se repartía en la capital francesa la mejor clientela del imperio. En este ambiente estuvo Vicente trabajando durante siete años, siendo de los primeros que hizo dentaduras en caucho vulcanizado. Este procedimiento lo introdujo en Europa el propio

inventor norteamericano llamado Putham el año 1858, y de quien, tanto Koth como Evans, lo conocieron, siendo utilizado el gabinete de la rue Delagrang-Batelière para realizar las demostraciones que en París se hicieron.

El doctor Koth tenía también instalado otro gabinete dental en la ciudad condal, en las mismas ramblas barcelonesas; y esto era nuevo motivo para que en sus constantes viajes a España volviera Vicente Andrés a Valencia el año 1863, en donde comenzó a trabajar, adquiriendo pronto gran renombre en toda la región levantina.

Vicente Andrés trabajó mucho, mucho, en su larga vida, y mantuvo y fomentó su elevado espíritu profesional viajando por Europa y América y asistiendo a varios congresos, visitando en uno de sus viajes la exposición de Filadelfia del año 1876.

Su carácter, algo bohemio, hizo que conociera a los más eminentes artistas de su época, que fueron sus buenos amigos, y entre ellos Gayarre, Sarasate, Emilio Arrieta, Francisco Asenjo, Barbieri, el poeta Marcos Zapata; y por su gran afición a los toros trató muy íntimamente a Frascuelo, Lagartijo, Mazantini, con quienes conseryó siempre la mejor amistad.

Lo mismo Frascuelo que Gayarre pasaban temporadas en casa de Vicente Andrés, en Valencia, en donde tenían siempre dispuesta su habitación. Uno de los días que Frascuelo toreaba en Valencia y estando desayunando en su casa de Pintor Sorolla, 14, en compañía de nuestro biografiado, llamó a la puerta una madre con su hijo, que pretendía sacar al niño una muela que le dolía. Como ni la madre ni el operador pudieran sujetar al mozuelo, hubo de recurrirse a la intervención de Frascuelo, con la que se consumó la intervención:

—¡Señora—le dijo el torero a la mujer—, como el ganado de esta tarde sea tan bravo como este chico, será buena corrida!

La afición de Andrés a los toros era tal que en muchas ocasiones le llevaba a Madrid u otras ciudades a ver una buena corrida, llevando algún trabajo para acabarlo en el camino, estando siempre de vuelta en su gabinete el lunes por la ma-

ñana. Y así recordamos nosotros aquella su yema del dedo pulgar de la mano derecha que parecía conformada a fuerza de haber pulido tantos y tantos paladares de caucho...

Acompañando a Gayarre en ocasión de volver de cenar en Fuenterrabía, al pasar frente al convento de capuchinos de Amute, las doce de la noche, y en el lugar en donde todavía existe una cruz, Gayarre se arrodilló y cantó, como si un ángel del Cielo fuera el "espíritu gentile", de la ópera *La Favorita*. Toda la comunidad se asomó a oír la voz maravillosa de aquel ángel, que nunca cantó fuera del teatro.

La gran amistad que don Vicente Andrés y Taurín tuvo con el doctor Oscar Amoedo, establecido en París, nos proporcionó el honor de conocer un día, personalmente, a este dentista cubano de fama universal.

En sus últimos años tuvo Vicente ocasión de poder corresponder a su buen maestro, el doctor Koth, que, al final de su vida, falto de vista—aunque resignado a su estado por su excelente espíritu religioso—, se encontró en situación bien difícil, siendo Vicente Andrés el único de los 20 discípulos que formó aquel benefactor americano que le prestara ayuda.

Vicente Andrés y Tarín murió el 15 de abril de 1924, siendo enterrado en Valencia.

Por la falta de hijos varones, muy probablemente Andrés se llevó al otro mundo muchas de las particularidades o modismos, de sus técnicas, que tanto éxito le proporcionaron en su vida profesional.

Nosotros, que conocimos a este dentista valenciano, le recordamos por su carácter noble y franco, lo que le permitía expresarse en aquellas formas llanas tan peculiares suyas, no exentas de particular violencia si a ella pretendía apelar, más su gran corazón llenaba su menudo cuerpo, y su larga experiencia de las gentes y el mundo hacían que su charla mantuviera en tensa curiosidad y eran siempre como una enseñanza para sus oyentes.

Ahora hace veinticinco años de su muerte. ¡Descanse en la Paz!